

25 La Fundación en primera persona

M^a Teresa Fernández

Directora residencia
San Vitorio (Baralla)



La historia que yo puedo contar, probablemente es la historia de muchas mujeres de mi edad, de mi sexo que han sido contratadas por la Fundación San Rosendo y con la que se va a sentir identificada mucha gente.

Era el año 2004, España empezaba a tener una situación económica algo inestable. No era fácil conseguir un empleo, sobre todo, para el colectivo de mujeres casadas, con hijos, mayores de 40 años, con estudios no muy especializados y con poca o ninguna experiencia. En este colectivo me encontraba yo y no había empresa que me diera la oportunidad de contratarme o, al menos, enseñar el trabajo que podía desempeñar. Había presentando muchísimos currículums pero nadie me llamaba.

Hasta que un día la Fundación San Rosendo, me cambió la vida. Me dio la oportunidad de demostrar lo que valgo, me enseñó a valorarme como persona, a que valoraran más mi trabajo tanto dentro como fuera de casa. La Fundación me enseñó a prepararme en mi papel como profesional, me ha brindado todos los medios para que pudiera seguir preparándome. Y por encima de todo, me ha dado un trabajo con el que estoy contenta y en el que sigo teniendo la misma ilusión todas las mañanas para venir a trabajar.

Estamos trabajando con personas a las que su experiencia de vida los ha marcado y de los cuales yo aprendo todos los días algo nuevo. Anécdotas tengo muchas, siempre digo que para escribir un libro. Pero me voy a quedar con una que la recuerdo muchas veces, sobre todo cuando estoy estresada y tengo que parar un momento para coger impulso.

Teníamos un señor con 96 años, cuando ingresó por razones familiares pensamos que no se adaptaría pero nos sorprendió. Manuel siempre era el más participativo, estaba en todo. Preparamos los disfraces de carnaval para competir en las comparsas en el Concello, como todos los años. Era un domingo de carnaval, fuimos al Teatro y participamos, expusimos nuestra coreografía y ganamos el primer premio. Cuando regresamos, yo estaba en el despacho organizando el trabajo del día siguiente, cuando llega Manuel y me dice: "Doña Marité, quería darle las gracias". Le pregunté por qué y me respondió: "Es que tengo 96 años, toda mi vida la dediqué a trabajar, primero para mis padres, después para mi mujer y mis hijos que no les faltara nada y me olvidé de divertirme y aquí estoy pasando los mejores días de mi vida, saliendo, entrando, hablando, bailando y un día como el de hoy no lo tuve nunca". Está de más decirnos que terminamos llorando los dos.

Llevo pensando varios días con qué me quedo realmente de todo lo que aprendí trabajando en la Fundación San Rosendo. Puedo decir que todo este tiempo, y ya son casi 13 años, me quedo con la humildad. Pero la humildad en todos los sentidos de esta palabra: humildad hacia los residentes y familiares con los que tratamos todos los días. Humildad con todos los trabajadores, compañeros y jefes. Y humildad con toda mi familia y amigos.

La humildad también es una forma de vivir. Los mayores me han enseñado que para vivir y ser feliz no hacen falta muchas cosas.